

[Publicado previamente en: *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español. Elche 1948*, Cartagena 1949, 510-513. Editado aquí en versión digital por cortesía de Rafael Ramos Fernández y con la paginación original].

© de esta edición digital, Fundación Universitaria de Investigación Alcudia de Elche.

Un tesoriillo bizantino en La Alcudia

por Alejandro Ramos Folqués

Director del Museo de Elche

Poco conocida nos es todavía la historia de nuestra Patria y más concretamente la de Elche, durante la Alta Edad Media (S. V al XIII), período en que acontecen sucesos de tal importancia que hacen cambiar la facies cultural del pueblo.

Sabemos que, una vez romanizada nuestra península y tras unos siglos de paz y prosperidad, se produce la descomposición del Imperio Romano, y por ende, la de nuestra península como provincia de aquél, por causas diversas, una de ellas la invasión de los bárbaros; pero todo ello pudiéramos decir, a grandes rasgos, pues apenas si conocemos datos concretos de esta época y menos aun en cuanto a Elche se refiere. La información documental es escasa y confusa, y pocos los testimonios que la arqueología nos ha facilitado.

Si heterogénea era la población de España en el siglo IV, en el siguiente, se complicó más con la venida de los Bárbaros, pudiendo distinguir en la Alta Edad Media un elemento germano-otro romano latino y otro bizantino, motivo este último al que se centra la presente comunicación.

Varios han sido los objetos que, relacionados con esta época, han sido encontrados en la Alcudia.

Un fragmento de una carta curiosa del 24 de mayo de 1776, publicada en «Coleccionismo» en febrero de 1921, nos dice que en las excavaciones que en la Alcudia practicaron los Sres. Caa-maño, Cuesta y Soler, hallaron bajo de una losa un tesoro integrado por cinco sortijones o anillos de oro; varias piedras grabadas y granos de oro sueltos, pero con señal de haber estado ensartados; varias perlas; una cadena de oro tejida como un cor-

dón; y un collar de hilo de oro, ensartado con diferentes perlas menudas y granos de oro; dos pendientes de oro con sus perlas y otros dos del mismo metal, pero más pequeños. Además trece o catorce cucharas de plata. Y completando todo ello unas 250 monedas de bronce, tesoro que hemos podido localizar en el Museo Arqueológico Nacional.

El distinguido maestro de la Arqueología española don José Ramón Mélida, en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, tomo 40, pág. 261, al hablar de un collar de oro con malaquitas facetadas, dice: «El Museo posee dos collares de iguales materias y labor, uno de ellos procedente de Antequera y otro de Elche y que han estado considerados como visigodos; pero hoy, a la luz de los varios descubrimientos e investigaciones, es más acertado considerarlos como anteriores y aún admitir que puedan ser romanos.»

El benemérito illicitano don Pedro Ibarra Ruiz, en su efemérides nos da cuenta de otro interesante hallazgo en la Alcudia, consistente en un anillo de oro con piedra verde, formado el aro por un cordón trenzado, unidos sus cabos a cuatro bolitas, que sostienen el marco a que está sujeta la piedra, anillo que fue encontrado por la niña del arrendatario de la finca, y cuyo paradero actual ignoramos.

El mismo Ibarra nos da la noticia de que el 10 de junio de 1903, al sur de la Alcudia en tierras de Juan Segarra, han sido halladas un puñado de monedas bizantinas de bronce, siendo de lamentar no fuera más explícito en la descripción de las mismas.

Más reciente ha sido encontrado en superficie un pendiente lunular del que pende un hilo de oro en el que hay ensartadas una serie de perlas y en el campo de la lunata una especie de esmalte, que recuerda en cierto modo un pendiente bizantino del Museo de Siracusa que Paolo Orsi, en su Sicilia Bizantina, considera del siglo VIII-IX; pero al propio tiempo nos muestra su semejanza con otros pendientes del Museo Nacional de Nápoles, con perlas ensartadas a la manera del que nos ocupa, datadas del período greco-romano, lo que nos pone de manifiesto la pervivencia de formas y procedimientos en la orfebrería antigua.

A los ya citados objetos de oro procedentes de la Alcudia, hay que añadir el tesorillo de ricos metales que en el pasado año hemos encontrado, en este yacimiento, compuesto de los objetos siguientes:

Dos pendientes, en forma de aro o anillo, roto por uno de los lados y con una pequeña anilla en su parte inferior.

Otros dos pendientes, como los anteriores, pero de su anilla pende un cabujón avalado orlado por línea ondulante y de su parte más estrecha atranca un hilo que; liado en espiral sobre sí mismo, termina en un hilo afilado.

Es notable la semejanza de estos dos pares de pendientes, en cuanto a los aros se refiere, con los que se conservan en el Museo Nacional de Nápoles, en la colección de Capodimonte, catalogados por Breglia como de época greco-romana, pero difieren notablemente de ellos en cuanto al colgante que, por su forma de cabujón y, sobre todo, por su ornamentación en cuanto a la línea ondulante se refiere, son típicos de época avanzada y nos recuerdan en cierto modo ciertos adornos de las coronas de Guarrazar y otros pendientes de Ercolano, datados del siglo VI, decoración que también ofrece un gran medallón de Senice, considerado de fines del siglo VII.

Junto con los pendientes, encontramos también seis anillos de oro de los cuales, uno solo conserva la piedra que lo decoraba y que es una imitación de pasta vítrea de color verde. Los demás fueron encontrados sin piedras.

La decoración es diferente en cada uno de ellos, pero a pesar de esto ofrecen cierta armonía ornamental ya que todos son huecos en su aro, sus adornos son siempre a base de hilos formando líneas ondulantes, sinuosas y variadas combinaciones, y en todas ellas, la caja se apoya sobre cuatro bolitas, una a cada esquina, a más de los típicos racimos formados por perlititas de oro, decorados propios de la joyería bizantina, como nos lo prueba los medallones de Prusia y Castel Trosino, de los siglos IV al VI; los pendientes del M. Germánico y los del M. de Prehistoria de Berlín de procedencia española y los de Siracusa, así como especialmente el anillo del Museo de Córdoba y todos ellos con data que oscila del S. IV al X y típicamente bizantinos.

Del mismo tesoro son: dos sólidos áureos de Honorio y un semis áureo de Arcadio, acuñados en Constantinopla, en oro puro, como se desprende de su leyenda en el exergo: C O M O B.

Entre estos objetos, varias cuentas de collar, dos de malaquita, una imitación de perla, y las demás, de pasta vítrea y hueso; un pequeño lingote de oro, de diez gramos de peso; y dos entalles, uno con guerrero y otro con un león; así como cuatro cucharas de plata y otros pequeños objetos de cobre.

Tanto las cajas de los anillos como los cabujones de los pendientes, tienen sus bordes, sin cerrar, detalle que, junto con el lingote del que iban cortando el oro, nos induce a suponer se trata de un tesoro de piezas sin terminar y que, con motivo de la invasión de los bárbaros, fue escondido en el rincón de una habitación.

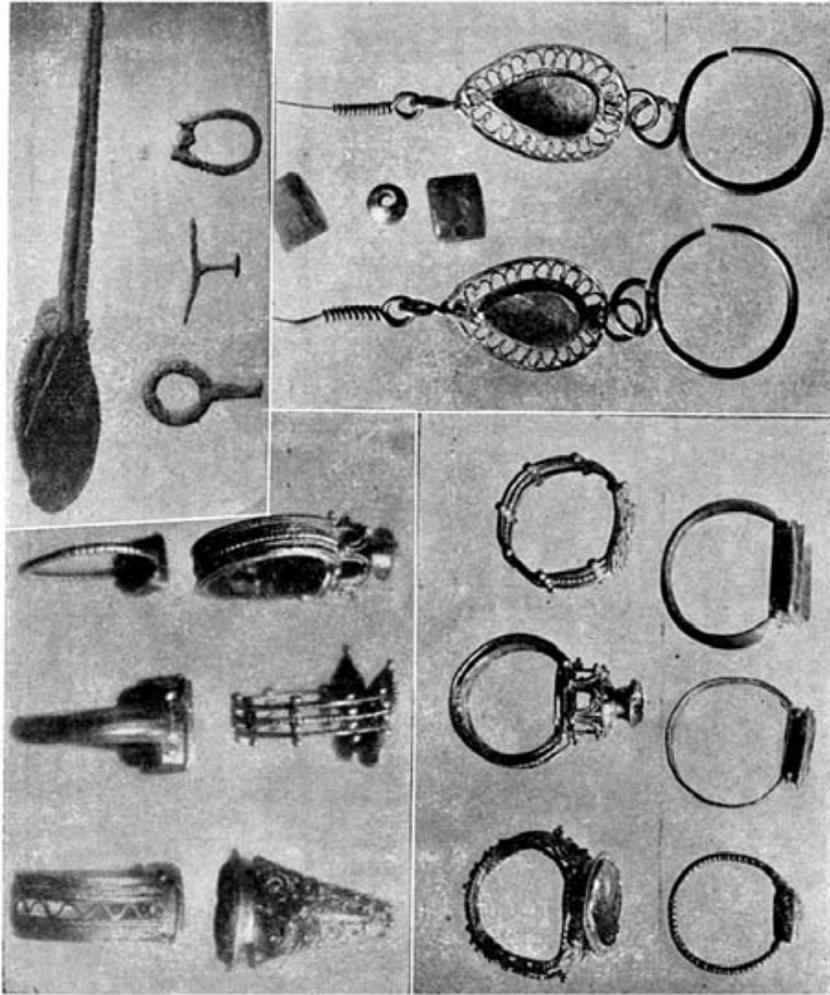
El conjunto de piezas ligeramente descritas y que integran el tesoro ahora descubierto en La Alcudia, tiene una clara cronología, en virtud de las monedas de oro y bronce encontradas y que D. Pío Beltrán fija entre los años 408 al 410 d. d. J. C.

Mas ¿cómo explicamos este hallazgo de arte bizantino en La Alcudia, en época anterior a Justiniano?

No sería extraño que los mismos visigodos, cuyo arte, influido fuertemente por el oriental y griego durante sus estancias en las regiones del Danubio y el Don, fueran los portadores a Illici de este tesoro, aunque más bien nos inclinamos a suponer que atendiendo a que el comercio en España seguía en manos de la población romana y de los extranjeros, especialmente griegos y judíos y principalmente en Levante, haya sido el conducto de arribada a Elche, sin olvidar el principalísimo factor religioso que en esta época tanto unió a Occidente con Oriente a través del clero (como es sabido, muchos sacerdotes estuvieron en Constantinopla huyendo de las persecuciones y estudiando) y manteniendo sus naturales relaciones que para Elche culminan en las cartas del Papa Hormisda dirigidas a Juan Obispo de Illici, dándole la bienvenida a Italia en 517 y en 519 dándole cuenta de haber terminado el cisma de Constantinopla después de la condenación de Acacio.

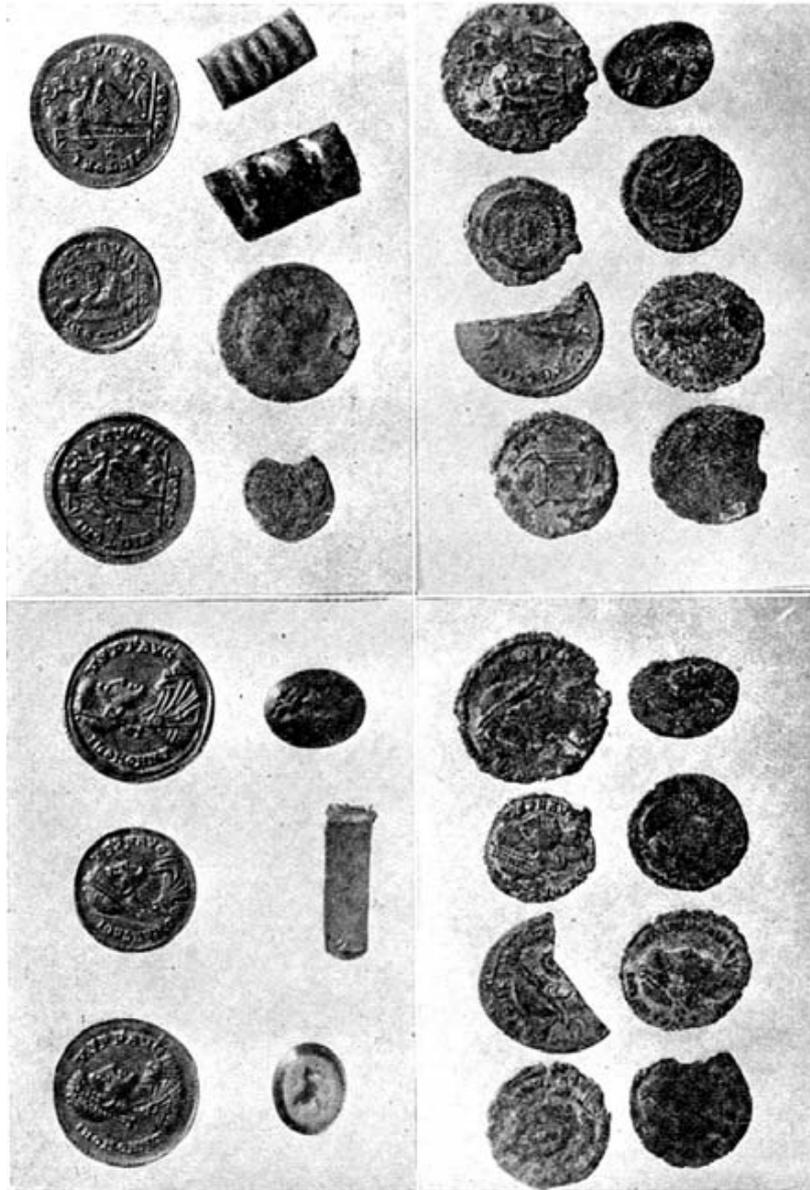
v

-



ii

LAM. LI



III

IV